

tension de ninguna clase á favor ó á cargo de una de las altas partes contratantes, pues que las mencionadas Majestades renuncian recíprocamente á todas y cada una de las ventajas estipuladas á su favor y se prometen de la manera mas solemne considerar el mencionado tratado nulo y de ningun valor enteramente como si jamás hubiera existido.»

Con esto quedó enterrada por acuerdo mutuo de ambas cortes en el último día del segundo año de la guerra comun contra Federico el Grande, la gran obra del convenio que los condes de Starhemberg y Kaunitz consideraban como «un monumento glorioso é impercedero» de su habilidad diplomática. Austria y Francia no cesaron por esto de ser aliadas; ambas estaban muy distantes todavía de la paz que Bernis había deseado, y Francia siguió contribuyendo á las cargas de la guerra, cuando un gobierno concienzudo habría rechazado redondamente semejantes pretensiones, pero por lo menos cesó la indigna servidumbre que imponía solo deberes á la Francia sin darle absolutamente ningun derecho hasta que la Silesia y Glatz hubiesen sido otra vez propiedad des del Austria, consagradas por tratados internacionales. La diferencia esencial entre los dos nuevos tratados y el anterior tratado secreto era que en aquellos no figuró ya ninguna guerra como objeto principal, sin cuyo logro no pudiera hacerse la paz. En el tratado secreto de 1.º de mayo de 1757 se había estipulado también para la Francia como condicion prévia de toda paz el desmembramiento de la Prusia y el reparto de sus provincias entre Austria, Sajonia, Suecia y el Palatinado; pero en el nuevo tratado nada se dijo de semejante condicion prévia. Verdad es que el rey se obligaba en el artículo 12 del primero de los dos nuevos tratados, ó sea en el público, «á hacer todos los esfuerzos posibles durante la guerra, y á emplear sus medios mas eficaces en las conferencias para la paz, para que se adjudicara á la casa de Austria el ducado de Silesia y el condado de Glatz;» pero esto ya era cosa muy distinta de la que contenía el artículo tercero del de 1.º de mayo de 1757. En los demás artículos se hacia caso omiso de todo plan de reparto territorial, ni se decia, omision muy cuerda, de dónde había de sacarse «la indemnizacion proporcional» prometida en el artículo cuarto del tratado del 30 de diciembre al elector de Sajonia además de la restitucion de sus Estados.

La participacion de la Francia en la guerra seguía siendo considerable, pero ya no era ilimitada como había estipulado el tratado secreto. La Francia prometió en el nuevo tratado «para toda la duracion de la guerra actual», los 24,000 hombres del primer tratado de Versalles; pero nada se decia respecto del tiempo durante el cual tendría en Alemania los 105,000 hombres para «proteger los Países Bajos austriacos y los Estados confederados del imperio germánico» (artículo 7.º del 30 de diciembre), mientras que el tratado secreto había estipulado la obligacion monstruosa de aprontar, además de aquellos 24,000 hombres, 115,000 y esto «para toda la duracion de la guerra.» El auxilio pecuniario también fué rebajado muchísimo. Verdad es que la Francia prometió pagar despues de la guerra los siete millones y medio de florines que Bernis había retenido, y también los subsidios para los príncipes miembros del imperio, así como para la Suecia y Dinamarca, y mantener por su sola cuenta las tropas Sajonas; pero se borró completamente la suma enorme de subsidios de 12 millones que se había encargado de pagar por toda la duracion de la guerra y todo lo demás estipulado en el tratado del 1.º de mayo de 1757. Lo que en adelante había de pagar al Austria ya no eran verdaderos subsidios, y menos para el Austria. Así, cuando esta última renunció en 1759 á los 24,000 hombres de la Francia, solo le pagó ésta su equivalente, calculado en 288,000

florines mensuales que en atencion al mal estado de la hacienda francesa fueron rebajados á 250,000 florines; mientras los subsidios atrasados no debían vencer hasta despues de concluida la guerra. El objeto de la guerra fué limitado todavía mas que la cooperacion de la Francia. En el tratado nuevo no figuró ya para nada la cesion de la Flandes austriaca al infante de Parma ni hubo adquisicion ninguna por este lado para la Francia. El yerno del rey Luis, de cuya dotacion adecuada se había hablado tanto el año anterior, como de un interés capital de la dinastía, parecía súbitamente no necesitar de nada, desde que la emperatriz renunciaba á su derecho de sucesion en los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla á favor de los descendientes masculinos ó femeninos del infante. La ambicion de la Francia se redujo á lograr cuando se hiciera la paz con el auxilio del Austria la inclusion de un artículo que le permitiera fortificar á su gusto la plaza y puerto de Dunquerque en recompensa de todos sus sacrificios. Desde entonces no tuvo para la Francia la guerra general ya otro objeto; y si se continuó por tan mísera recompensa; si con este objeto renunció la Francia hasta á su derecho de hacer una paz particular con la Inglaterra para salvar el resto de sus colonias, mientras el Austria seguía siendo considerada como antes en paz con Inglaterra, no prueba esto sino que Choiseul tampoco sabía velar por los intereses de su país.

VII.—BERGEN. MINDEN. QUEBEC

El cuarto año de esta gran guerra fué el primero que no empezó con la ofensiva de Federico II. La causa de esto fué que su arma de infantería, hasta entonces empleada siempre con infalible acierto y confianza, se había empeorado muchísimo. Pero no le faltaban recursos pecuniarios para sufragar los gastos de la guerra; la opulenta Inglaterra le ofreció con espontaneidad entusiasta los 670,000 libras esterlinas (16.000,000 de pesetas) estipuladas en el tratado del 11 de abril; y el rey Jorge II pudo mencionar con razon en su discurso del trono en 23 de noviembre, el hecho de que para la Gran Bretaña no podía haber negocio mas brillante que emplear sus capitales en una guerra general marítima y terrestre; porque jamás había florecido tanto su comercio como entonces. A estos subsidios ingleses se agregaron las contribuciones de guerra que Federico hizo pagar á los países que ocupaba, y los impuestos ordinarios de sus propios Estados, de los cuales la Silesia por sí sola pagaba anualmente mas de tres millones de talers (11.250,000 pesetas). El rey Federico no quería faltar á sus compromisos pecuniarios, y para ello no encontró mas arbitrio que contraer la peor de las deudas que en economía política se conocen; es decir hacerse adelantar grandes sumas por los arrendadores de las casas de moneda á cambio de la autorizacion de acuñar moneda de ley cada vez mas baja. Con este recurso, añadido á los otros, reunió los 12.000,000 de talers (45.000,000 de pesetas) que necesitaba para la nueva campaña. Mas difícil era completar el ejército. Para poner en pié de guerra un ejército activo de 125,000 hombres, necesitaba 30,000 reclutas, de los cuales solo una tercera parte podía sacar de la poblacion rural de sus propios Estados, siendo menester para las dos terceras partes restantes hacer levas forzosas en Sajonia y Anhalt, en la Pomerania sueca y en Meklemburgo, hacer entrar además los prisioneros de guerra en las filas prusianas y enganchar desertores y voluntarios. Con todos estos recursos se llenó el número; pero estos soldados no podían reemplazar dignamente á los guerreros veteranos que habían caído delante de Praga y en Kolin, Zordorf y Hochnirch. La infantería, hasta entonces el alma de su ejército, se empeoró de

año en año, y era forzoso que se empeorara á medida que la guerra abría claros en las filas de los granaderos veteranos. Por esta razon Federico escribió en 24 de diciembre de 1758 al príncipe Fernando: «Si entran fuerzas considerables austriacas en el imperio le mandaré á V. algun auxilio segun lo permita mi situacion; pero no espere V. gran cosa; estamos muy apurados, porque nuestras victorias como nuestras derrotas se han llevado la flor de nuestra infantería, antes tan brillante. No quiero tocar esta cuerda ni tampoco la de mi pena personal; pensemos solo en defender nuestros lares. Sea V., mi querido Fernando, el rival de aquel Arminio que luchó en las mismas comarcas que V. por la libertad de la patria, y ojalá pudiera yo recibir la noticia de que Soubise ó Contades han sufrido la suerte de Varo.»

En el año, tan desgraciado para las armas prusianas, de las derrotas de Kay, Kunersdorf y Maxen, tocó efectivamente al príncipe Fernando obtener la única victoria gloriosa que alcanzaron las armas prusianas, á saber, la de Minden. No parece sino que la necesidad de reducirse forzosamente á la defensiva y de renunciar á todas las ventajas que ofrece la ofensiva, aunque no sea victoriosa, quitó en esta campaña á Federico II toda su confianza y todo su entusiasmo; porque la guerra defensiva, cuya primera ley es economizar las fuerzas y evitar hasta las pérdidas mas insignificantes, era nueva para Federico II y enteramente opuesta á su carácter.

La primera lucha sería del sangriento año de guerra de 1759, tuvo por objeto la ciudad de Francfort del Mein, ciudad libre del imperio en la cual solían elegirse los reyes de romanos y coronarse los emperadores. En 2 de enero se había apoderado de esta ciudad una division del ejército del mariscal Soubise, evidentemente en connivencia secreta con el regidor Textor y otros consejeros del ayuntamiento, amigos del Austria como él. Desde el principio de la guerra habían atravesado la ciudad innumerables cuerpos de tropas francesas y alemanas; pero las columnas que llegaron en 2 de enero se quedaron en la ciudad, desarmaron su tropa urbana, y se alojaron en las casas; y de esta manera tomaron posesion los franceses de Francfort. Goethe dice: «Segun antiquísima costumbre de esta ciudad libre tocó el vigia de la torre principal la trompeta cuando se acercaron tropas; pero esta vez parecía que no se cansaba de tocar, lo cual significaba que se acercaban considerables masas procedentes de diversos puntos, y efectivamente aquel día del año nuevo atravesaron la ciudad en masas mayores. La gente corría para verlas. Hasta entonces se estaba acostumbrado á verlas pasar en pequeños pelotones; pero esta vez se fueron engrosando cada vez mas, sin que fuese posible ó acaso sin que se quisiese impedirlo. En una palabra, el 2 de enero despues de haber pasado una columna por el arrabal de Sachsenhausen, el puente y la calle de Fahrgasse hasta el cuerpo de guardia, se detuvo allí, se apoderó de los soldados del destacamento y bajó hasta el cuerpo principal de guardia de la ciudad donde la tropa también hubo de entregarse. Un momento despues aparecieron todas las calles, antes tan pacíficas, trasformadas en campamentos de guerra hasta que las tropas quedaron alojadas en las casas.» Goethe, padre del poeta, estaba inconsolable porque temía ver invadida su casa, nuevamente restaurada con todo lujo, por los franceses, que acaso permanecerían en la ciudad años; pero el francés á quien le tocó alojar era el conde de Thorane, teniente del rey y uno de los caracteres mas nobles de su nacion. Esto y la vida y el movimiento que produjo la tropa extranjera en la ciudad, y muy especialmente el teatro que los franceses organizaron luego, abrió en el alma poética del joven Wolfgang Goethe un mundo nuevo.

Desde entonces fué Francfort el cuartel general del ejército del Alto Rhin que el año anterior había hecho tantos estragos en el Hesse y el Hanover. Esta vez lo mandaba el mariscal Broglie, general muy diferente de su amable é incapaz predecesor el mariscal Soubise, el cual había sido llamado por su gobierno para ponerse á la cabeza de un ejército de desembarco destinado á Inglaterra. Para arrojar á este ejército de la ciudad de Francfort, salió el príncipe Fernando en 22 de marzo de Münster, dirigiéndose á Fulda, donde llegó el 30 del mismo mes y no se movió de allí hasta el 10 de abril marchando entonces apresuradamente sobre Francfort.

Broglie tuvo noticia de su llegada á Fulda el mismo día 30 de marzo y aprovechó el tiempo que le dejó Fernando con su incomprensible tardanza, para reunir sus fuerzas, muy diseminadas en varios puntos, y concentrarlas al Norte de Francfort, donde el 12 de abril tenía nada menos que 35,000 hombres formando un gran arco desde Bilbel hasta Hanau, mientras que 10,000 mas se acercaban á las órdenes de Saint Germain. La llave de la posicion, en la cual aguardó tranquilamente al enemigo, era la aldea de Bergen, cuyas murallas había provisto abundantemente de artillería, teniendo además ocultas de la vista del enemigo numerosas reservas. El príncipe Fernando, sin informarse bien de las condiciones topográficas del terreno ni de la fuerza y posicion del enemigo, procedió al ataque en la mañana del día 13 de abril. Su secretario de confianza, Westphalen, dijo en su informe despues de dar aviso de la llegada del príncipe á Windecken el 12 de abril, lo siguiente: «El duque (porque así se titulaba el príncipe Fernando segun la costumbre de entonces aunque no fuera duque reinante de Brunswick) supo en la noche del 12, que los franceses no se habían reunido todavía y que iban llegando desde Francfort en grandes masas.» Las tropas de Fernando estaban cansadísimas de las marchas forzadas de los tres últimos días, y la artillería no había podido seguirlos. A pesar de esto creyó que no debía desaprovechar la ocasion de coger al enemigo descuidado. Por esto resolvió apoderarse del puente de Bilbel, y ocupar las alturas de Bergen á fin de dar tiempo á la artillería de incorporarse al ejército. Envió pues su vanguardia, compuesta de dos batallones de granaderos, hácia las alturas de Bergen mientras sus cazadores ocuparon á Bilbel. En marcha ya la tropa, recibió el príncipe aviso de que Bergen estaba ocupado por dos ó tres mil enemigos, bien que no podían distinguirse en seguida en las alturas.

Fernando pidió algunos voluntarios para reconocer la citada aldea; pero apenas había pronunciado la palabra de voluntarios cuando los dos batallones mencionados de granaderos, compuestos de soldados de Hesse y de Brunswick, se lanzaron adelante con un heroísmo é ímpetu incomparables, que hubieran producido mejor resultado si se hubiesen enfrenado un poco. Se arrojaron sobre los franceses á la bayoneta y les quitaron unas cuantas piezas de artillería; pero al adelantarse mas, recibieron el fuego del enemigo por todos lados. Sin acobardarse disparó cada uno los 60 tiros que llevaba, y concluidos que fueron los cartuchos volvieron á embestir á la bayoneta sobre los franceses que se abrigaron detrás de unas tapias. Recibiendo así el fuego del enemigo por delante sin ser apoyados por la espalda, se desordenaron aquellos valientes. Acudieron á su auxilio la columna del príncipe Isenburg y varios batallones enviados por Fernando; mas antes de llegar al sitio del combate les salieron al encuentro en pleno desorden los granaderos, les comunicaron el terror, y toda la masa volvió piés atrás en tan grande confusion que por poco se comunicó á todo el ejército. Los batallones hanoverianos se portaron mal en esta jornada. Los

franceses salieron de la aldea y bajaron al llano en persecucion de los fugitivos, y entonces corrió el príncipe Fernando al regimiento de caballería hessense del general Urff y le dió orden de atacar. Arrojóse este sobre los franceses rechazándolos en menos de cinco minutos y con grandes pérdidas hasta la aldea; pero entre tanto los franceses habían podido poner en línea toda su artillería, cuyo fuego mortífero hizo casi imposible formar la infantería de nuevo. No obstante efectuaron finalmente este milagro los edecanes del príncipe, Bülow, Derenthall y Schlieffen y condujeron otra vez toda la infantería á la cima, donde se mantuvo á pesar del fuego infernal de los franceses. El príncipe Fernando comprendió la imposibilidad de tomar la aldea protegida por toda la artillería enemiga, á no ser que se quisiese sacrificar una tercera parte del ejército, y aun en este caso el éxito parecía muy dudoso. Trató de flanquear al enemigo por la izquierda y la derecha, pero el campamento francés era inaccesible por todos lados excepto por la aldea. Cuando los franceses vieron que el enemigo ya no atacaba la aldea, cobraron ánimo é hicieron varias salidas en columnas y en guerrillas, pero siempre fueron rechazados. Hacia las 5 de la tarde llegaron al príncipe Fernando algunos cañones mas, con los cuales reunió once, y situándolos en su ala izquierda hizo callar el fuego enemigo que sin embargo dominaba en todo el resto de la línea. A las siete cesó el combate por ambas partes; el príncipe Fernando hizo enterrar sus muertos y llevar los heridos á Windecken, y abandonó con su ejército el campo de batalla á las dos de la madrugada del día 14. Los franceses en sus fuertes posiciones, con su número superior y auxiliados por una poderosa artillería, habían sostenido los ataques heroicos de unos pocos batallones de granaderos alemanes, y los habían rechazado; pero no hicieron la menor tentativa de perseguir á los alemanes en su retirada. Mirado así había sido el día 13 de abril para los franceses á lo mas una jornada de desquite del descalabro de Crefeld, pero que de ningun modo compensaba la derrota de Rossbach. De todos modos era un buen augurio, porque la infantería francesa había hecho mas de lo que se había esperado de ella. Uno de los que mas habían contado con la derrota de los franceses había sido el consejero imperial Goethe, que sin temor á nada había observado desde un campo próximo la accion para ver huir á los franceses, y habiendo quedado engañado se irritó tanto que dijo á su alojado el conde de Thorane: «Quisiera que os hubiesen echado al infierno aunque yo hubiese tenido que acompañaros.»

La noticia del 13 de abril levantó los ánimos en Versalles.

El duque de Choiseul había contraído de nuevo obligaciones con el Austria, pero esta vez podían justificarse hasta cierto punto con la esperanza de concluir la guerra con felicidad en fin de año haciendo un esfuerzo gigantesco por mar y tierra. El plan era conquistar el electorado de Hanover con un ejército terrestre de 100,000 hombres, mientras otro marítimo debía dar un golpe tremendo á la Gran Bretaña, desembarcando el duque de Aiguillon con 20,000 hombres en Escocia y el mariscal de Soubise con 50,000 en Inglaterra. Cuando el Hanover ocupado de esta manera por los franceses clamase por la paz y los otros ejércitos se apoderasen del corazón de Inglaterra, creía el gobierno francés que Jorge II, acorralado en sus Estados hereditarios y en su capital inglesa, se vería forzado á renunciar á su alianza con la Prusia, y á restituir las colonias que había quitado á los franceses en Africa, América y Asia para obtener una paz inmediata y salvar lo que pudiese; y si al propio tiempo los rusos y austriacos lograban dar un golpe duro á Federico II, no quedaria ya ningun obstáculo á la paz general.

De este modo calculaba Choiseul, el cual en vano hizo todos los esfuerzos posibles para inducir á la Suecia, la Holanda y la España á declarar tambien la guerra á la Gran Bretaña. El mariscal de Belleisle alimentaba las mismas esperanzas, é hizo construir en Dunquerque, el Havre, Brest y Rochefort un gran número de pontones para el transporte de las tropas, mientras se reunían en Tolon y Brest dos grandes escuadras para escoltar los transportes hasta las costas de Escocia y de Inglaterra. Finalmente para mayor suerte, había encontrado la Francia un ministro de hacienda arrojado como no había tenido ninguno desde el principio de la guerra, ni á decir verdad desde Law, que realizó el milagro de hacer entrar en el tesoro vacío de un solo golpe 72 millones.

Este hombre se llamaba Estéban de Silhouette (1). Era hijo de un simple recaudador de talla y había nacido en Limoges el año 1709. Siguió despues la carrera de leyes; viajó por Francia, Holanda, Italia, España y Portugal, estudiando los pueblos y paises, y muy jóven todavía escribió toda una serie de obras, muy medianas en su fondo, y en su mayor parte simples traducciones del inglés, de las cuales ninguna se rozaba ni con la hacienda ni con la administracion. Solo entró en la carrera que le elevó finalmente al ministerio por la proteccion del mariscal Belleisle que era gobernador de Metz cuando Silhouette compró en el parlamento de aquella ciudad en 1742 una plaza de consejero. Enviado por su gobierno á Inglaterra con una mision especial, permaneció varios años en aquel país que fué su escuela en materia de hacienda y política mercantil. Regresó á Francia con la conviccion profunda de que toda la riqueza de la Gran Bretaña se fundaba en sus colonias, en especial las de América; y de que la mision de la Francia era arrancar á su vecina estas colonias, ó cuando menos impedir que las aumentase. Como hombre perito en asuntos americanos fué nombrado en 1749 individuo de la comision que con tan mala suerte fijó los límites de la Acadia. Despues, como hombre de confianza del mariscal Belleisle, tomó parte en su expedicion contra la Inglaterra en calidad de inspector general, cuya credencial le fué firmada en 4 de marzo de 1759.

Con motivo de su nombramiento, decia el abogado Barbier en su diario: «Es hombre que tiene un sistema y proyectos elaborados.» Estos mismos planes se propuso explicar al rey cuando lo recibió por primera vez; pero quedó estupefacto y completamente desconcertado cuando el rey le preguntó de repente: ¿Está bien barnizado el revestimiento de madera de las oficinas de V.? Con esto olvidó el nuevo inspector general todo su discurso. El estado especialísimo de la hacienda francesa hacia completamente imposible un aumento de ingresos mas allá de lo acostumbrado, á no recurrir á medios que los pobres habían de calificar luego de exaccion brutal y de robo, y los ricos de falta de palabra y de felonía. Los ministros de hacienda que no podían resolverse á gastar lo que ingresaba en las cajas, y que dimitían cuando los ingresos faltaban, no tenían otra alternativa despues de decidir cuál de los dos procedimientos daría mayores ingresos que optar entre la injusticia hecha á los pobres, ó la que se haría á los ricos. Silhouette se decidió sin vacilacion por la última.

Machaut, uno de sus predecesores, se había estrellado contra el escollo de la resistencia inflexible del clero y de la nobleza á su plan utilísimo de un impuesto general sobre

(1) Véase para este: MONTYON: *Particularités et observations sur les ministres des finances de France les plus célèbres depuis 1660 jusqu'à 1791*. Paris 1812, pág. 130 hasta 145.—PIERRE CLÉMENT.—ALFRED LEMOINE, *M. de Silhouette-Bouret.—Les derniers fermiers généraux*. Paris 1872, pág. 1 hasta 148.

la renta que introdujo con el nombre de *veintavo*. Silhouette fué mas astuto; dejó en paz al clero y á la nobleza y echó mano, como hizo en su tiempo el duque de Orleans, de los capitalistas cuyo clamoreo no conmovia á nadie, ni probablemente tampoco lo merecia. A propuesta suya se publicaron en 28 de abril de 1759 cinco reales órdenes; la primera sometió á todos los poseedores de empleos comprados, al personal de los tribunales y empleados de sociedades y á los ciudadanos de Paris y de Lyon al importe de la talla, del cual hasta entonces habían estado exentos; la segunda ór-

den mandó proceder á un riguroso exámen de la legalidad de las mercedes reales, pensiones y donativos. Las otras tres órdenes formaban juntas una operacion financiera completamente nueva. Condenaron á los arrendadores generales á pagar al gobierno á contar desde 1.º de abril, además de los precios de los arriendos estipulados en sus contratos, la mitad de los beneficios que realizaban en la recaudacion de la contribucion y demás impuestos; á cuyo efecto se nombró una comision de cuatro individuos para inspeccionar la contabilidad de los arrendadores á fin de fijar con exactitud la



Fragata de guerra francesa Hércules

mitad de los beneficios que correspondían al gobierno. Finalmente se emitieron 72,000 acciones de á mil francos garantidas por la citada mitad de beneficios, debiéndose amortizar cada año doce mil de estas obligaciones.

Esto era un verdadero golpe de fuerza bruta; era faltar arbitrariamente á solemnes convenios; una iniquidad que no se había visto en Francia desde el principio de la regencia; pero el éxito fué brillantísimo; las obligaciones fueron colocadas casi en un día; y sin decretar nuevos impuestos, sin emplear la fuerza bruta en recaudaciones forzosas, realizó el gobierno en un instante 72 millones de libras. A los compradores de estas obligaciones se prometió un siete y medio de interés corriente y solo salieron perdiendo los contratistas generales, es decir, una clase de gente odiada de

todos los franceses que le deseaban todo género de desgracias y cuyas quejas ningun francés decente escuchaba so pena de exponerse al desprecio de sus compatriotas. De esta manera se remedió por algunos meses la espantosa penuria del tesoro que había amargado la vida del abate Bernis noche y día. El remedio solo servía para un par de meses; y si en la guerra no se obtenían las victorias decisivas que se esperaban, y que debían traer una pronta paz, no eran estos 72 millones mas que una gota de agua en una piedra candente.

Los ingleses no aguardaron á que los franceses tuviesen preparadas y reunidas sus escuadras de desembarco, y apostaron cinco escuadras delante de los cinco puertos franceses donde se construían los pontones de trasporte. Una de estas